



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9807

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 13 DE JULIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

EN ATENAS

Otros restos de templos y edificios públicos existen en Atenas; muchos de ellos sólo ostentan alguna columna con algunas piedras de sillar; pero monumentos importantes, de nombre conocido, no existen más.

La dominación otomana en tal país, por espacio de tantos siglos, se cebó en la destrucción de obras maestras, como la del colosal templo de Júpiter y todas las del primitivo cristianismo; lo cual se explica por el odio implacable que, por su fanatismo, siente el mahometano al nombre cristiano y todo otro de religión diferente.

Así me lo confirmaban los atenienses, evidenciando con sus relatos que Atenas fue degenerada en lo monumental y en lo moral por la dominación turca. Pero la grandiosidad monumental y gusto de la Atenas novísima, ensanchada por la parte Norte del Acrópolis, demuestra que el genio griego actual, libre del despótico dominio musulmán, es verdaderamente descendiente y será digno sucesor de los griegos de la edad de oro de Péricles.

En corroboración de ello hay notorios edificios posteriores á su emancipación: entre ellos, visité detenidamente la Escuela Politécnica y tanto la extensión del grande edificio, en mármol, como la capacidad, menaje y elegancia de las clases revelan que, los griegos modernos aspiran á florecer en la cultura intelectual.

La clase de escultura y trabajos en barro no desdican de la Grecia de Péricles, pues ví que los alumnos interpretaban perfectamente bien los ejemplares humanos, tomados del natural.

Visité la de arquitectura y, excepto un alumno que sacaba del natural un capitel jónico y otro que, al distribuir las hojas de acanto de un hermoso jarrón griego en yeso, usaban demasiado el compás, los demás probaban, en su ejecución, tener bien desarrollado el gusto, ojo geométrico y conocimientos matemáticos. Había en esta clase varios trabajos de los alumnos, que representaban capiteles de todos los cinco órdenes de arquitectura y bajos relieves mitológicos para frisos del orden corintio; eran también ejecutados á la aguada, que, al entrar, me tuvieron en larga y verdadera duda de si eran dibujados ó mo los de yeso.

Pasé luego á las clases de dinámica, construcción y talleres, cuyos alumnos se hallaban á tal altura que podían ya tomar la dirección de obras y empresas de importancia.

Los gabinetes de ciencias naturales eran á todo gasto y como para ilustrar plenamente aquella juventud, esperanza del porvenir.

Visité la *Epanepistimi* (Universidad) cuya elegancia y arquitectura es digna reproducción de la antigua. Sus claustros espaciosos y clases higiénicamente levantadas y bien distribuidas, dan capacidad suficiente para que asistan los nacionales, así como los turcos, montenegrinos, serbios y búlgaros que se les pudieran anexionar.

Asistí á algunas clases de facultad mayor, como para perfeccionarme, con las explicaciones, en el acento del idioma griego y me pareció bueno, por expresarse con más naturalidad, el sistema de aquellos catedráticos, pues, apesar de tener cátedra y tribuna, explican y peroran paseándose. En la Universidad tuve ocasión de admirar la bien provista y aseada Biblioteca pública nacional.

También es de construcción moderna, pues le estaban dando la última mano, al edificio para la Academia de la lengua, levantado junto á la Universidad. Este edificio elegantísimo, todo en mármol, tiene un golpe de vista digno de la poética Atenas de Péricles: presenta la fachada, desde una vasta plaza que hay enfrente, una bifurcada escalinata de precioso mármol blanco, de forma ondulante, que, terminando sobre un jardín, conduce á un plano en el cual se levanta el átrio jónico que bella y elegantemente artesonado, da entrada al edificio. A derecha é izquierda se presentan dos altas columnas estriadas para elevar estatuas de notabilidades ilustradas, y, á poca distancia de ellas, siguen dos grandes salones, cuyas paredes, alternando con las ventanas, tienen en toda su extensión un orden de elegantes columnas corintias. Sus techos son ricos y profusos artesonados, iluminados con vivos colores orientales, y tanto los bajorelieves y geroglíficos como las columnas y estatuas, todos de precioso mármol, así como el edificio, y la fachada, aumentan su valor y mérito con ricas y deslumbradoras incrustaciones de oro.

Esta bellísima construcción es verdaderamente preciosa y con razón debía serlo, ya que el principal empeño de los griegos, actuales consiste en reponer la lengua griega en la pureza de la creada por los oradores Tucides, Calistrato y Demóstenes, despojándola de los

verbos auxiliares introducidos por el modernismo, para sustituirlos con las dobles radicales. Ya en las cátedras es forzoso hablar á los alumnos con esta modificación. Justo era que el edificio de la academia de la lengua fuera digno de tan precioso idioma como es el antiguo griego.

El *Arsaquión* es otro precioso é importante edificio que queda á poca distancia de la Universidad y Academia de la lengua. Es una especie de normal femenina. Contiene unas 150 alumnas internas y 200 externas, todas consagradas á largos estudios literarios, á la labor y primores propios de la mujer. Para poderse dedicar las señoritas al magisterio, es preciso que, externas ó internas, hayan obtenido el diploma del *Arsaquión*.

Adquirí amistad con el *Kiris* Naxos, catedrático de derecho en la Universidad, y quien me explicaba que á Francia debía la Grecia su regeneración y que, desde la emancipación otomana, el pueblo estaba desconocido; pues, todo lo que hoy es renacimiento, afición á ilustrarse y aspiración á igualar la Grecia antigua, 30 años antes todo era indolencia y embrutecimiento. Por esto hoy, que tenemos ya el pueblo levantado, esperamos ser un día dignos descendientes de la patria de Licurgo y, como en su tiempo y el del patriota, sabio, orador y rico Péricles, esperamos volver á ser el país de las Bellas Artes y de la civilización. En tanto es así, me decía, que, con tan pocos años de independencia, vamos á tener monumentos ya dignos de aquella antigüedad, tenemos diversos institutos y colegios particulares, cuyos estudios merecen valor académico en la Universidad, así como un gran Colegio Comercial, bien regentado.

Y en mi concepto tenía razón el Doctor. Efectivamente se ve la ilustración en el pueblo, como se ve también la pasada protección é in-

fluencia francesa; ya porque fuertes públicas y otros puntos llevan inscripciones en francés, ya porque las escuelas primarias que están bien dirigidas, científica y pedagógicamente hablando, cultivan los elementos científicos, poéticos y artísticos que generalmente se estudian en las naciones civilizadas, pero la gramática la estudian triple francesa, su correspondencia al griego actual y parangonada con el griego antiguo. En este triple concepto tienen impresos los textos escolares. De modo que, á los pocos lustros que funcione la Academia, la Grecia alcanzará un siglo de oro literario y volverá á poseer su lógica, filosófica, rica y hermosa lengua en que peroraron sus Demóstenes, escribieron sus incomparables Homeros, sus trágicos Sófocles, sus cómicos Aristófanes, sus historiadores Herodotos, sus filósofos Sócrates, sus médicos Hipócrates, sus geómetras Euclides y sus mecánicos Arquimedes.

Hasta el carácter higiénico urbano va tomando el carácter de la Atenas de Péricles, pues los paseos públicos existentes, y los que en el ensanche van abriendo hacen respirar á los concurrentes los sanos y poéticos aromas del pino, retama y mirto.

MODESTO MARTI.

(Continuará.)

TIJERETAZOS

Dice un periódico:
«Con el abuso de las lágrimas pierdo su crédito el llanto.»
Por eso hay por ahí muchos que lloran sin que su llanto conmueva.

Los huelguistas de Chicago han valido una fábrica de dinamita.
¡Ese sí que es un petardo monstruo! Cosas de América.
Como allí todo es grande, la voladura de esa fábrica será allí como si aquí se pusiera un petardo de esos que levantan

192 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

gar; era un castillo triste y sombrío levantado sobre una roca junto al mar; me acuerdo perfectamente de él porque allí he vivido hasta hace dos primaveras. Era el castillo de Schalobanyah, me guardaban como á una prisionera, á pesar de servirme como á una sultana. Todos los días un cautivo cristiano entraba conducido por el alcaide, y quedaba solo conmigo durante mucho tiempo.

Aquel anciano de largos cabellos blancos, frente tranquila y mirada dulce, era un sacerdote de Cristo.

Aixa se levantó sobre el diván, y mirando severamente á la joven, le dijo:

—¡Eres cristiana!
—Sí, soy cristiana, dijo la niña bajando tímidamente los ojos; soy cristiana, y como tal, mi nombre es Isabel.

Aixa dió un grito terrible arrancado del fondo de su alma, y palideció de una manera mortal.

—¡Isabel! exclamó, ¡siempre ese nombre aborrecido! ¡Oh! ¡las Isabelas son mi destino! ¡antes Isabel de Solís, ahora Isabel de Castilla, esa niña también Isabel! ¡oh! ¡señor Allah, cuán inexorable eres conmigo!

—¡Oh! señora, dijo con gravedad Schamsul-lemal, repara que lo que te digo es un secreto que á nadie he revelado más que á tí; á tí, no sé por qué, pero yo te amo como un recuerdo ó como un sueño;

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 183

cuando te vi ante mí á la salida de la mina, temblé, porque me pareció ver en tí...

—¡Silencio, niña! dijo Aixa poniendo su mano sobre la boca de Schamsul-lemal y mirando inquieta en torno suyo; ¡silencio! ¡estamos rodeados de traidores!

Y se levantó cerrando cuidadosamente las puertas.

—Sigue, sigue, dijo con ansiedad la sultana sentándose de nuevo en el diván; pero habla en voz baja... ¡si nos escuchasen!

Schamsul-lemal prosiguió:

—El sacerdote me enseñó el habla y escritura castellana, me reveló la religión de Jesús y me la hizo creer. Sus pensamientos eran dulces, como su semblante y su resignación, porque habla sido hecho cautivo para que fuese mi maestro.

Y así pasaron diez años. Todas las primaveras el alcaide del castillo me hacía vestir con magníficas túnicas, me cubrían de joyas, y me encerraban en una litera cubierta por fuera con cortinas de seda muy tupidas y sujetas de una manera que no las podía descender. Luego sentía que me levantaban del suelo y andaban; oía crujir el rastrillo, y luego pisadas de caballos y rechinar de arneses en rededor de mí; pero ni una sola palabra llegaba á mis oídos.

Y así caminábamos todo el día por un camino mentado, según podía juzgar por el movimiento

186 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

me atreví á preguntar al sacerdote por mis padres; yo recordaba, como te he dicho ya, sultana, el semblante de una mujer que en tiempos lejanos besaba llorando mis mejillas y estrechaba en sus brazos; y yo había guardado en mi corazón aquel amor puro, soñaba con él y gozaba, porque desde entonces no había rozado mis labios un beso de amor, ni había visto mas rostro afable que el de mi pobre maestro.

Nada supo decirme; la tristeza moraba en mi corazón á pesar de ser mi carácter alegre y bullicioso.

Una noche, hace dos años, desperté estremecida; reinaba un silencio profundo, el mar dormía en calma, solo se escuchaba el peso de los alayes en el adarve; pero en medio de este silencio oí escuotar gritos confusos y lastimeros en la mezmorra situada bajo mi retrete, y en la que encerraban al sacerdote despues de haberme dado su lección cada día; me acordé al agimez y escuché; entonces percibí distintamente la voz del desdichado que luchaba y suplicaba á los soldados; luego su voz se apagó como si una mano tapase su boca, sonaron sordos pasos violentos, y al fin un golpe opaco como el de un hacha que corta sobre un tajo.

Luego percibí las pisadas y el crujir de las armas de los soldados que salían de la mazmorra, el golpe